

GÉNERO

NARRACIÓN- CUENTO

## LA TULE VIEJA

AUTOR: DON CLANDISTERIO MISTERIO

Todavía se me pone la piel de gallina y se me paran los pelos de los pies a la cabeza, cuando me acuerdo del tremendo susto que me llevé estando yo carajillo, como de trece años, y tuve muy de cerca a ese ser misterioso, no sé si de este mundo o de otro, llamado la “Tule Vieja”. Lo cierto es que el que se ha topado con ese espantoso “ser” no desea recordarlo por el resto de su vida.

Recuerdo que esa noche nos fuimos mi tío Manuel, su hijo de 7 años llamado Jorge y el hijo de mi tata, que cuando eso yo tenía como trece años; a encandilar y matar camarones en la quebrada de Los Zúñiga. Ubicada en las bajuras de Paso Real y que desemboca en el Río Paquita.

Estábamos alistando las cosas del viaje: dos carburas, una bolsa con un kilo de carburo, dos machetes (rulas), un saco de yute, una bolsa plástica, un encendedor y un foco con las baterías medio bajas. El perro tarzán, fiel compañero, meneaba el rabo de lado a lado, de la contentera, por ir a corretear garrobas a la orilla de la quebrada.

Antes de salir mi tío Manuel se zampó un buen trago de medio baso de casco de chirrite cabezón, con el cuento de agarrar energías y relajarse, pero yo más bien pensé que era para matar la nervia. Estábamos en eso, cuando nos dice una prima de nombre Casimira, hija de mi tío Manuel, en tono burlista: \_ Cuidado les sale la “TuuleViejaaa” y les pega un buen susto. \_ Estas noches de luna llena, la he oído sonando allá abajo en la quebrada donde van a ir ustedes a matar camarones rallados!!!!

Ni caso le hicimos, nos pusimos las botas de hule Colibrí y el sombrero de lona medio amarillento que teníamos colgando de unos clavos en los horcones del corredor del rancho donde vivíamos. Con machete en mano y una carbura prendida y tarzán adelante. Salimos a eso de las ocho y treinta de la noche, rumbo a la famosa quebrada de Los Zúñiga. Con la ilusión de traernos por lo menos un cuartillo de camarones. Más unas cuantas mojarras y guabinas. Íbamos camino abajo sin ni tan siquiera pensar en la misteriosa “Tule Vieja”.

Mi tío Manuel era un hombre muy valiente y por eso nos animábamos a ir con él a esa hora de la noche a la lejana quebrada. Todo el camino era por pura montaña virgen. Por una larga bajada, donde se duraba como hora y media a paso ligero, para llegar a la quebrada de esta tenebrosa historia. Donde también se oían gemir el tigre, el oso caballo y demás animales salvajes, que aprovechan la noche para salir a cazar sus presas. Pero mi tío decía que el tigre no ataca al hombre, que más bien le huye, le tiene miedo.

En el camino yo veía nos escarbaderos raros, pero mi tío me contaba que eran de gallinas de monte, que pasan escavando entre las hojas del bosque.

Había a la orilla del camino había un gran árbol hueco de Cristóbal, que le decían el “árbol del león”, porque la gente que pasaba por ahí, contaba que había visto un gran león encuevado en el árbol.

Antes de llegar a la famosa quebrada, ya nos habíamos encontrado y matado 4 enormes terciopelos, como de tres metros de largo, bravísimas. Bueno matamos suena mucha gente, el que las mató a puro machete limpio fue mi tío. Decía mi pariente que encontrar culebras, era señal de mal agüero y eso no me sonooó naaada... bonito.

No habíamos oído sonar a la Tule en el trayecto del camino y eso nos mantenía un poco tranquilos. Pero cuando teníamos como una hora de encandilar camarones, quebrada arriba y habíamos encontrado tamaño poco. Cuando de pronto, y en medio del cantar de las ranas del verano, oímos el primer grito, gemido o lamento a la distancia, emitido por ese ser espantoso y místico llamado “La Tule Vieja”.

Se oía un poco lejano pero no por eso dejaba de asustar.

Todos no miramos a los ojos y mi tío dijo: Hay Tatica Dios ya nos sintió la “Tule Vieja”. Ahora si se va a poner fea la cosa.

El pobre tarzán comenzó a gemir con el pelo de la espalda erizado y se nos metía en medio de las piernas, buscando refugio nos enredaba y casi no nos dejaba caminar. En ese momento dejó de carrrear las pobres garrobas y tirarlas a las pozas de la quebrada donde se sumergían por largo rato, quedándose quietas en el fondo.

Tratamos de ignorar el grito de La Tule Vieja, pero cada vez la oíamos más cerca. Hay mamita, cada rato la cosa se ponía más preocupante.

Yo nunca había creído en la famosa “Tule Vieja”, pero esa vez si me frijolié, cuando a menos de diez metros, detrás a de unas platanillas, que crecen a la orilla de la quebrada, aquel espanto comenzó a mover las hojas de los arbustos con fuerza y a gemir horrible, como si fuera un gemido salido del más allá.

Todos nos quedamos parados, perplejos y no sabíamos ni para dónde agarrar. Aquel vicho, espanto, espíritu o lo que fuera no quería que estuviéramos ahí.

El perro estaba grifo, grifo metido en mis piernas. El pobre todo orinado y gimiendo de miedo.

Salimos quebrada abajo como alma que lleva el diablo. Las carburas se nos apagaron por lo rápido que corríamos y las botas de hule que calzábamos levantaban mucha agua que caían en la llama de las carburas, terminando por apararlas y quedamos completamente a oscuras en medio de aquella tenebrosa noche.

Rebuscando en el saco que mi tío andaba, encontró el foco de dos pilas y luego de golpearlo contra su mano comenzó a medio alumbrar, y oyendo aquel espanto que chapaleaba en la quebrada detrás de nosotros y lanzando aquel agonizante quejido.

La bolsa con los camarones se quedó perdida. Mi primo comenzó a llorar y la situación cada momento se ponía peor.

Me tropecé en una gran piedra y caí a una poza de la quebrada, de donde salí todito mojado temblando, de frío y de miedo. Mientras me ponía de pie oía los pasos de la Tule casi en mis espaldas.

Mi tío Manuel llevaba a su hijo tomado de una mano y casi a rastras. Yo me acordé que papá decía que cuando a uno esas “cosas” le salen, hay que ponerse a rezar. Entonces comencé en voz baja a rezar el Padre Nuestro. Lo comencé como diez veces y del pánico se me olvidaba y no lograba ni una sola vez terminarlo. Y corra papito porque mi tío me estaba dejando atrás.

Cuando ya al fin llegamos al cruce del camino al rancho, continuamos caminando rápido ya no se oía el gemido de la Tule Vieja. Respiramos un poco tranquilos. Con los pelos todavía un poco parados, mojados, sin ni un solo camarón. Casi a las doce de la noche íbamos rumbo al rancho.

Pero no imaginábamos que la pesadilla todavía no había terminado.

Al pasar por un bajillo donde había una pequeña quebrada, debajo de un enorme árbol de espabel, se comenzó a oír de nuevo aquel horrible gemido. Ahora sí, dijo mi tío Manuel: \_ La cosa si se puso hedionda. Pues teníamos que pasar justo al lado del árbol donde sonaba aquel espanto. Mi tío nos tomó de la mano y dijo: \_Chiquillos estense quietos, vamos a ver cómo le hacemos para pasar y seguir el camino. Diosito santo dije: \_Ya me agarraron ganas de cuitear, tengo mucho miedo. Me dijo Tío Manuel: \_No sea tan pendejo los hombres no tiemblan. Él me decía eso, pero por dentro yo sabía que se lo estaba llevando el demonio de miedo, también.

Aquel espanto seguía emitiendo su horrible y tenebroso gemido, detrás del espabel y moviendo la hojarasca seca a la orilla de las gambas del árbol.

Mi tío como que quería alumbrar con la débil luz del foco viejo, pero ya cuando el rayo de luz se iba dirigiendo al espanto, lo quitaba. Como que quería verlo y como que no.

Estábamos ahí parados. Ya llevábamos como quince minutos sin saber ni que hacer y la Tule no paraba de sonar. Con su lúgubre gemido como salido de los últimos rincones del más allá.

Allí estábamos temblando de frío y de miedo, bajo la noche más oscura y tenebrosa de toda mi vida. Cuando me dice mi tío: \_Venga Chepito, usted que sabe leer. Se metió la mano en la bolsa derecha trasera del pantalón y saco una bolsilla plástica doblada y comenzó a desdoblar un papel amarillento, con letras medio desteñidas. Y me dijo: \_Tome lea Chepito, estas son las trece palabras que me dio mi abuela. Esta oración tiene un gran poder contra todo lo malo que existe en este mundo y el otro. Léalas en voz alta, para ver si así este espíritu maligno nos deja de atormentar.

Yo apenas había ido al segundo grado de la escuela y medio sabía leer. Pero me quedaban dos opciones o empezaba a leer aquella misteriosa oración o cogía un rollo de hojas y me acluquillaba a la orilla del camino, ya saben a qué.

Cogí tembloroso aquel viejo papel y mientras mi tío me alumbraba, empecé a leer lo más alto que podía y tartamudeando, como atacado, comencé a rezar: ... LAS TRECE PALABRAS QUE LE DIJO JESÚS A SAN JUAN, DIME LA UNA: LA UNA: QUE PUDO MÁS EL SOL QUE LA LUNA..... y así seguí con la dos, la tres, etc. Cuando iba por la quinta palabra, se vino una ventolera espeluznante entre los árboles. La noche se tornó aún más oscura. Se soltó un fuerte olor como a azufre y aquel espanto, espíritu malo o lo que fuera salió en una tremenda estampida, llevándose lo que se le atravesara en media montaña. Mi tío alumbro y no se vio nada más que un bulto negro, como la misma noche, pequeño como de una persona enana que se perdía en la oscuridad y detrás de los árboles.

Todo quedó en calma en aquella oscuridad, no se oía sonar ni un grillo. Y dijo mi Tío: \_Chepito, por aquí es camino y pongámosle rápido, ahora que la cosa está mejor.

Llegamos al rancho con el alma en la mano, contando todavía con nervios lo que nos había pasado. Y nos dice mi primilla: \_Que bueno así escarmientan. \_Bien que se los dije, que los iba a asustar la “Tule Vieja”. A ese espanto no le gusta que nadie se acerque a esa quebrada, menos a matar camarones y peces. Pareciera que la protege de los encandiladores que verano a verano vienen a la quebrada de Los Zúñiga.

Aquella noche la recuerdo como la más espeluznante que me haya pasado en mi vida. Desde esa vez nadie volvió a ir a encandilar camarones a la bendita quebrada. Pero sí de vez en cuando se oye el gemido de la Tule Vieja, resguardando la quebrada. En noches de luna llena y cuando los espíritus del más allá salen a hacer sus fechorías entre las tinieblas de la noche y los rayos de la luna.

—\_ooo\_—